

Acha la cucaracha

Alejandra Osorio

Ilustración: Jennifer Mariel Tercero





www.loqueleo.com

Título original: Acha la cucaracha

© 2016, Alejandra Osorio

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. A.

26 avenida 2-20, zona 14, ciudad de Guatemala, Guatemala, C. A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

ISBN: 978-9929-723-36-8

Impreso en:

Primera edición: abril de 2016

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Acha la cucaracha fue escrito por **Alejandra Osorio** e ilustrado por **Jennifer Mariel Tercero López (Morena III)**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago, Alejandro Sandoval, Julio Santizo Coronado** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fue realizada por **Julio Santizo Coronado** y **Amado Monzón**. Diseño de cubierta: **Jennifer Mariel Tercero López Morena III**. Coordinación de arte y diagramación: **Sonia Pérez**.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Acha la cucaracha

Alejandra Osorio

loqueleg

¡Bienvenidos a Mateópolis! Este nombre tan singular le ha sido dado a nuestra ciudad en honor de su fundador y arquitecto principal: Mateo López, quien es un adolescente, como ustedes verán. Observen el lugar. Notarán que hay sobras de pastel de hace dos semanas esparcidas por todas partes, así que es fácil deducir que Mateo tiene 16 años. A decir verdad, no es la persona más limpia y ordenada del mundo, pero nosotros agradecemos muchísimo que no lo sea.

Esta ciudad de insectos se ha construido justo debajo de la cama de Mateo. Con



ropa sucia y zapatos perdidos, basura y restos de comida, se han edificado condominios, casas ¡e incluso parques! Podemos decir que él mismo creó el paraíso para cualquier familia de insectos. ¡Huelga decir que hasta tenemos una piscina de agua gaseosa! Mateo se ha comportado realmente como un excelente arquitecto, y, además, nos brinda más materiales de construcción y abundante comida diariamente. Es por eso que la ciudad sigue creciendo y prosperando, y las familias multiplicándose. Si tú tienes seis patas —o más— este es el lugar perfecto para vivir y trabajar.

A estas alturas se preguntarán quién soy. Perdonen mis malos modales, pero realmente me emociona hablar de nuestra gran ciudad. Yo soy Ajo el escarabajo. ¿A poco nunca habían conocido a alguien

que se llamara Ajo? Ese es el bello nombre que me dio mi madre debido a mi increíble aroma. Mamá nos puso nombres a mí y a mis treinta hermanos y hermanas. Sí, ya sé, somos una familia algo pequeña, pero se debe a que no he tomado en la cuenta a mis tíos y primos. Sin embargo, amigos míos, eso no viene al caso en esta historia. Lo que sí deben saber es que soy un escarabajo apestoso y el mejor amigo de Acha la cucaracha.

Acha es la cucaracha más inquieta que he conocido. Ella siempre nos mete en muchos problemas debido a su curiosidad, pero siempre salimos bien librados. Recuerdo que cuando teníamos apenas unas semanas de vida nos zambullimos en la piscina de huevos podridos de Don Pion el escorpión. Estábamos pasándola a lo grande, cuando de improvviso salió de su

casa el enorme escorpión negro. ¡Vaya susto! Corrimos lo más rápido que pudimos para escondernos detrás de una cáscara de banano, pero Don Pion nos gritaba y nos amenazaba con su agujón. Cuando llegamos a casa, todos se habían enterado de nuestra aventura. Pasamos castigados dos semanas. ¡Imagínense, dos semanas! ¿Saben cuánto es dos semanas en *tiempo insecto*? ¡Demasiado! Si eso les pareció asombroso, es una aventura aburrida comparada con la que les contaré a continuación. Esa vez la curiosidad de Acha casi nos cuesta la cabeza y todas nuestras patitas.

11

Todo comenzó en una mañana muy especial. Diez de mis hermanos me habían despertado porque se querían comer mi ración de migas de pan con mermelada rancia. Tuve que recordarles que me de-

bían respetar, pues yo soy mayor que ellos por cinco segundos. Al terminar de comer, me fui a bañar en una gaseosa oscura. Quedé fresco y pegajoso. Después de todo, ese día debía lucir mejor que nunca. Usé mi perfume de zapatos viejos y me puse un poco de tierrita para verme guapo. Antes de salir de mi casa, tomé una cajita envuelta en uno de esos lindos papeles brillantes de los dulces que come Mateo. Yo estaba verdaderamente feliz.

Volé de mi casa, que queda en el tercer nivel, hasta el suelo. Ese día abordaría el ciempiés, pues no quería que mi cuerpecito verde se llenara de sudor. Mientras esperaba en la esquina de las papas fritas y de los calcetines perdidos, saludé a varios vecinos. Algunos me preguntaron a dónde iba tan guapo y arreglado. Yo solo sonreía y reía para mis adentros. Después de unos

minutos de espera, llegó Pies el ciempiés, sobre cuyo cuerpo alargado él ha colocado pequeños asientos para que todos sus pasajeros viajen cómodos. Le mostré mi credencial de transporte insectil público a Don Pies y subí sobre él.

Mientras veía cómo mosquitos, zancudos, arañas, escarabajos, hormigas, cucarachas y otros bichos comenzaban su rutina diaria, no dejaba de sonreír mientras sostenía con fuerza el regalo que llevaba en mis patitas. Ese día era realmente especial. ¡Era el cumpleaños de Acha la cucaracha!

No tardé mucho en llegar a su casa: una caja de zapatos que forma un increíble y moderno edificio. Encima de la puerta principal había un cartel que decía: «¡Feliz cumpleaños a todos!». Creo que los cuarenta nombres de los alegres cumpleañoseros de la familia Cucarachil no cabían



MATEXPRESS



AJO
000001



en aquel pedacito de papel. ¿Acaso esto les parece extraño a ustedes, amigos? Nosotros, los insectos y otros bichos, estamos acostumbrados a compartir estas fechas con muchos de nuestros hermanos y hermanas. En nuestras celebraciones hay cientos de regalos, comida, juegos y risa por montones. ¡Imaginen cómo es en Navidad! En fin, dentro de la casa imperaba el caos habitual: cucarachas corriendo y jugando en el piso, por las paredes y adheridas al techo. Uno tenía que caminar con mucho cuidado para no pisotear alguna patita ajena. Vi a varios de los hermanos de Acha comerse unas enormes frituras, mientras otros jugaban a la cucaracha dorada. Solo podía aferrarme al regalo y seguir avanzando.

Me dirigí hasta el tercer nivel del edificio y ahí, en medio de la habitación, se

encontraba volando majestuosa Acha la cucaracha. Realmente se veía muy bonita ese día... Es menester que les explique que ella es la única de toda su familia con fuertes alas que le permiten recorrer los aires. Eso la destaca entre todos en Mateópolis. ¡Es la única cucaracha voladora de la ciudad!

Antes de darme ni siquiera cuenta, estaba tendido patas arriba en el suelo. Acha me había abrazado con tanta fuerza que me había tumbado. Solo la escuchaba reírse; entonces extendió una de sus patitas para ayudarme a ponerme de pie.

—¡Feliz cumpleaños, Acha! —dije sonriente mientras recuperaba el equilibrio.

—Gracias, Ajo. Vienes justo a tiempo. Mamá preparó una deliciosa pizza de carón y salchicha podrida. Deberías probarla antes de que mis hermanos y hermanas



se la terminen. ¿Una carrera hasta la cocina? —me retó.

—Listo y dispuesto —le respondí—. Pero antes, Acha, aquí está tu regalo.

—No debiste molestarte, Ajo.

18

En el rostro de Acha se dibujó una enorme sonrisa. Sin decir más, desempacó su regalo. Sus ojos se abrieron enormes como platos al contemplar extasiada un gran trozo de chocolate. A Mateo no le gusta este tipo de comida, eso facilita conseguirlo en la ciudad, lo cual es bueno, ya que es el alimento preferido de mi amiga cucaracha. Me dio un fuerte abrazo y me agradeció otra vez.

—Te falta la segunda parte, Acha.

—¿Hay más? —preguntó curiosa.

—Mira en el fondo de la caja.

Acha metió una de sus patitas en la caja y buscó hasta el fondo. De inmediato

sacó emocionada un carné con su nombre. Podría jurar que su sonrisa se desvaneció por unos segundos, pero quizás solamente fue mi imaginación...

—Ajo, ¿qué es esto? —me preguntó.

—Ese, Acha, es el carné que te identifica como empaquetadora oficial en la tienda de Don Maña —le respondí con orgullo—. Le hablé a mi jefe para que te contratara. Como ahora tienes 18 semanas, es el momento apropiado para que elijas tu profesión. ¡Imagínalo, Acha! Tú y yo juntos, empaquetando comida para la tienda más grande de toda Mateópolis.

—Ajamm... Gracias, Ajo. No te hubieras molestado.

—¡No es molestia, Acha! Te encantará ser empaquetadora, ya verás.

—Sí. Yeeiii —dijo—. ¿Qué te parece si vamos por esa pizza de cartón?



—¡El último que llegue es un humano!
—grité, mientras alzaba el vuelo en dirección a la cocina. Acha me ganó por milisegundos, pero aun así celebró victoriosa. Aquí entre nos, yo la dejé ganar solo porque era su cumpleaños y, además, porque casi pierdo el equilibrio al chocar contra cinco de sus hermanos.

Ese ha sido uno de los mejores días que he vivido. Todos los cumpleaños cucara-

chosos se la pasaron como nunca. Antes de que oscureciera, me despedí de Acha y del resto de su familia. Cuando terminé de decir todos los adioses de rigor ya era de noche. Por esa razón, en vez de tomar el ciempiés, volé a casa. Realmente me emocionaba la idea de comenzar a trabajar con Acha en la tienda de Don Maña. Con el crecimiento acelerado de la ciudad, en la sección de empaquetadores teníamos muchísimo trabajo y no había suficientes patitas para ayudar. La llegada de Acha lo mejoraría todo. Además, ¡a quién no le gustaría trabajar al lado de su mejor amiga!

El primer día de trabajo de Acha me desperté muy temprano. Fui el primero de todos mis hermanos y hermanas que se metió a la ducha de soda. Después corrí presuroso hasta mi armario para tomar mi uniforme de empaquetador. Con gran dificultad logré meter mi cabeza por el cuello de la camisa; entonces hice pasar cada una de mis patitas a través de los agujeros correspondientes. Me prendí el carné de trabajador, desayuné unas migas de la cocina y salí a gran velocidad de mi casa. No me percaté de que eran migas de pan blando, y no del duro que a mí

me gusta, pero no había tiempo para esas minucias.

24 Como pude, tomé el primer ciempiés que encontré. Agitaba ansioso mis patitas en el asiento. Algunos insectos me lanzaban miradas extrañas y otros se reían, pero simplemente no podía contener mi felicidad de comenzar a trabajar al lado de Acha. No tardé mucho en llegar hasta una gran caja de una vieja consola de videojuego que había sido adaptada para ser la mayor tienda de alimentos de Mateópolis. Está dividida en diferentes sectores, y nosotros, los empaquetadores, trabajamos en el último.

Algunos osarán decir que nuestra sección de la tienda es oscura, aburrida, e incluso demasiado pequeña, pero esa es una gran mentira. Los empaquetadores somos de los pocos privilegiados que tenemos

acceso a la bodega. Pasamos día tras día empaquetando toda la comida que nos llega. Minuto a minuto, empaqueta que empaqueta. ¿Qué? Impresiona, ¿verdad? Lo sé, es verdaderamente... ¡ge-nial! Nuestro trabajo es muy importante, porque nos aseguramos de que todos tengan comida en esta maravillosa ciudad. Como siempre ha dicho mi papá Jo: «No existe ningún trabajo pequeño, todo trabajo permite que el corazón de la ciudad siga latiendo».

25

Siento mucho haber divagado. Me emocio cuando hablo de mi trabajo. Les decía que entré casi corriendo a las oficinas de la tienda. Me acerqué muy sonriente a la recepción, donde se encontraba Osa la mariposa. Tenía unas viejas baterías en su cabeza para rizar sus antenas y se estaba pintando la punta de sus patitas de color manzana podrida.

—Buenos días, señorita Osa —dije jadeante.

—Hola, Ajo. ¿Por qué vienes corriendo? Todavía faltan varios minutos para comenzar la jornada. Ni siquiera me he quitado las baterías de las antenas.

26 —No es por nada, pero eehhh... Osa, quisiera preguntarte algo...

—¿Sí? —dijo arqueando una ceja.

—¿De casualidad sabes si ya vino Acha a la tienda?

—No, Ajo. No la he visto... ¡un momento! —y entonces una sonrisa acusadora cruzó por su rostro, luego de lo cual apoyó sus patitas en el escritorio—. ¿Te refieres a la misma Acha de la que no paras de hablar todos los días? ¿Es la cucaracha por la que todos te hemos visto suspirar cada...?

—¡Osa! —interrumpí avergonzado y con la esperanza de que nadie más hubie-

ra escuchado tales palabras—. Bueno, iré a mi estación. Gracias.

Me alejé, pero pude escuchar con claridad la risita de Osa. Mi cara verde estaba completamente roja. Me senté en mi lugar esperando que comenzara la jornada de trabajo y poquito después me quedé dormido sobre mi mesa de trabajo. Entonces, comencé a soñar con los zapatos de Mateo. Mi sueño era tan vívido que podría jurar que sentí el delicioso perfume a zapato sudado de las tardes después de que Mateo vuelve de su entrenamiento.

—¡Ajo! —dijo en tono alto una voz muy conocida.

Desperté tan deprisa que caí al suelo y me lastimé toda la espalda. Cuando reaccioné y abrí los ojos, me encontré delante de dos patitas cafés —peludas y muy bonitas.

—Hola, Acha —dije, no sin cierta vergüenza, mientras comenzaba a incorporarme—. Hoy me levanté muy temprano, seguramente por eso me quedé dormido.

—Y seguramente por eso te pusiste el uniforme al revés también.

28

—¡¿Qué?! —grité, y corrí al espejo.

Allí estaba yo frente al espejo con la ropa al revés. Entonces comprendí por qué algunos insectos se reían cuando iba en el ciempiés camino al trabajo. Lancé una carcajada, y en segundos Acha se unía en coro.

—Creo que estaba muy emocionado para darme cuenta, gracias por decírmelo. Dime, Acha, ¿estás lista para iniciarte en el más increíble y genial trabajo que nadie pueda desempeñar en toda Mateópolis?

—Sí... —dijo con bastante timidez—. ¿Qué es lo primero que debemos hacer?

—Pues, primero debemos presentarte con Don Maña la araña.

—¡¿ARAÑA?! —gritó Acha muy atemorizada.

—Por supuesto, ¿no sabías acaso que Don Maña, el dueño de la tienda, es una araña?

29

—¡No! Pero, Ajo, t-t-tú sabes que las arañas comen insectos —tartamudeó en un susurro.

—Sí, pero Don Maña no. Él es chatarriano.

—¿Chatarriano?

—Sí, Don Maña come únicamente comida chatarra. Así que no tienes nada de qué preocuparte. Creo que no es una dieta muy saludable, pero prefiero que coma esas cosas que a nosotros.

Acha suspiró algo aliviada. Sin embargo, fue muy divertido ver su cara de susto



cuando le dio la pata a Don Maña. Él es una enorme araña negra y de gigantescos colmillos cubiertos por su abundante bigote. Nuestro jefe le explicó el proceso de empaquetado de la comida y las exigencias de rapidez y eficiencia que demandaba. Eso es comprensible, ya que, en una ciudad de insectos, las cosas deben llevarse a cabo rápido y de la mejor manera; después de todo, la mayor parte de los bichos se la pasa corriendo todo el tiempo.

31

Don Maña le explicó que Bosa y Mosa las babosas recolectan la comida en el área limítrofe de Mateópolis. Ellas la traen a nuestro sector de la tienda. Lo primero que se debe hacer es despegar la baba de Bosa y Mosa de los alimentos, porque a nadie le gusta, ciertamente, la textura pegajosa que les da. Es entonces cuando la comida se mete en sus paquetes o envolto-

rios, para luego llevarla a la bodega, donde Sano el gusano la recogerá para finalmente colocarla en el sitio que le corresponde en la tienda.

32 Acha entendió todo a la perfección y Don Maña la adoró; pero piensen: ¿a quién no le agrada una cucaracha? Yo estaba feliz y sumamente orgulloso de ver a mi mejor amiga con su uniforme y carné de empaquetadora. El día había comenzado de la mejor manera, pero no estaba preparado para lo que sucedería después del almuerzo.

Bosa acababa de llegar con un enorme cargamento de la última botana de Mateo. Toda la comida estaba pegada a su cuerpo de babosa y, como había sudado un poco, costaba más quitarle los alimentos. Acha tenía problemas para desprenderle una papita frita. Ahí comenzó el desastre. Mi

amiga utilizó sus alas para imprimirles más potencia a sus intentos de despegar la papita de la baba de Bosa. Y sin duda tuvo éxito: fue mayor la fuerza de sus alas que el poder baboso, por lo cual terminó por salir volando para impactar contra uno de los muebles donde se encontraba toda la comida recién lavada. Este se cayó y golpeó a otro, y uno tras otro fueron viniéndose abajo.

33

Los otros empaquetadores comenzaron a correr en círculos y a gritar como solo las chinches saben hacerlo. Esto causó una reacción en cadena: en pocos segundos, los otros insectos que trabajaban en la tienda comenzaron a gritar y a correr sin saber exactamente por qué corrían; Osa lloraba en su escritorio porque sus alas se habían arrugado; chinches, ácaros, garrapatas, larvas y algunas pul-

gas se golpeaban y desparramaban todo por el suelo.

34 Acha intentó detener uno de los muebles, pero solo logró asustar a Bosa la babosa, y esta, debido al miedo, lanzó su baba, que terminó ensuciándonos a todos y a todo. Lo peor del caso es que yo tenía la boca abierta y ya podrán imaginar lo que sucedió: el sabor de la baba de babosa no es lo más delicioso del mundo, es como tragarse la clara fresca de los huevos.

Fue tan mayúsculo el desastre, que Don Maña llegó corriendo y agitando seis de sus ocho patas. Acha y yo estábamos parados en medio de aquel caos. Lo que empeoraba la situación era que las chinches no dejaban de gritar y de tropezar entre ellas. Don Maña movía tanto sus patas, que terminó golpeando con fuerza una de las paredes. Esto causó que la tien-

da comenzara a caerse en pedazos a nuestro alrededor.

Volví a ver a mi mejor amiga. Entonces, mi corazón se partió al observar unas lágrimas que se asomaban por sus ojitos de cucaracha. Sin decir una palabra, Acha se fue volando.

Pasaron 5 horas, 24 minutos y 13 segundos desde la desaparición de Acha la cucaracha. Nadie sabía de ella; bueno, nadie de la tienda al menos. No pude dejar de trabajar en todo el día ni de pensar en ella.

37

Después de que mi mejor amiga se marchara, las paredes del lugar terminaron de derrumbarse. Es de agradecer que estas estuviesen hechas de cartón, de lo contrario todos habríamos terminado con más de una pata, una antena o un ala rota. Don Maña estaba furioso y no dejaba de gritar. Mis patitas temblaban cada vez que decía algo y mostraba esos enor-

mes y terribles colmillos. Para mi suerte y la de los demás, su esposa llegó a tiempo. Aparentemente, las noticias vuelan más rápido que los zancudos en esta ciudad.

Con una sola mirada de araña, Doña Aña calmó a su esposo. Habló fuerte y claro; tanto que Osa la mariposa dejó de prestarles atención a sus alas arrugadas, y se dispuso a acatar las instrucciones. La araña tenía razón, no podíamos darnos el lujo de perder el tiempo, ya que había una ciudad entera que alimentar.

Las garrapatas y el gusano Sano comenzaron a levantar las paredes, y la pareja de arácnidos lanzó su hilo pegajoso para unirlos. Tardaron menos de una hora en reconstruir la tienda. Doña Aña incluso le agregó una habitación extra para que funcionara como salón de reuniones. En cuanto a Don Maña, finalmente se le fue

el mal humor. Hasta vimos que se encontraba un poco contento porque había podido reforzar las uniones de las paredes de la tienda.

Las garrapatas, los ácaros, las chinches y yo comenzamos a colocar los alimentos en los estantes. Nunca había visto trabajar con tanta velocidad a mis compañeros y compañeras. Las babosas paseaban de un lado a otro mientras absorbían su propia baba. Incluso Osa volaba muy animosa por todo el lugar ayudando, y no le importó para nada que su pintura de patitas se echara a perder. Después de todo, en la tienda somos una gran familia y en tiempos de garrapatas gordas o garrapatas flacas, todos permanecemos unidos.

Ahora bien, eran las seis de la tarde cuando terminamos de arreglar todo. Los clientes habían regresado y parecía como

si nada hubiese sucedido. Cuando Don Maña se me acercó, comencé a despedirme de mi trabajo en la tienda. Sin embargo, él comprendió que todo había sido un accidente y que no había sido culpa de nadie. Probablemente, Doña Aña lo convenció. Sea como sea, no importa la razón, yo estaba feliz como una lombriz por mantener mi trabajo soñado.

Cuando ya estaba tranquilo, Don Maña también expresó su preocupación por la desaparición de Acha, mi mejor amiga. No lo tomen a mal, aunque yo estaba realmente preocupado por ella, sobre todo después de verla irse llorando, también estaba molesto. Me dolió mucho que me hubiera dejado a mi suerte, ante mi jefe, en una situación tan problemática. No se comportó como lo debería hacer una amiga fiel. Tal vez la estaba juzgando con mu-

cha dureza, pero su manera de actuar me tenía muy confundido.

Por un momento pensé que la encontraría fuera de la tienda recién construida con un cartel que dijera «perdón» y con música de grillos al mejor estilo de las películas de los humanos. Pero no fue así. Tampoco la hallé camino a casa, ni mucho menos en la puerta de mi hogar y con un ramo de cáscaras de manzana entre sus patas. Bueno... quizás estaba pidiendo demasiado.

Entré a mi casa sin hacer mucho ruido, levanté dos de mis patitas a manera de saludo y me fui directo a mi habitación. No quería cenar, ni siquiera porque mi mamá había preparado su maravillosa sopa de leche agria y vegetales podridos. Me quité el uniforme y nada más me acosté. Se suponía que ese día debía haber sido perfec-

to, pero apestó más que la loción que usa Mateo. Ya me estaba quedando dormido cuando entró en la habitación mi papá Jo y se sentó en mi cama.

—¿Qué sucede, Ajo? Nunca te pierdes la sopa de leche agria y vegetales podridos.

42

—Solo tuve un mal día en el trabajo, papá —dije sin muchos ánimos.

—¿Quieres contarme qué sucedió?

Me incorporé en la cama y lentamente narré todo lo que había sucedido en la tienda, desde cómo se habían caído las paredes hasta cómo me sentí cuando Acha me dejó por mi cuenta. Él se quedó callado mientras le relataba toda la historia. Cuando yo terminé de contarle todo, se tomó unos momentos para pensar antes de hablar.

—Parece que fue un pésimo día para ti, pero seguramente también lo fue para

Acha. No creo que ella haya querido abandonarte. A mi parecer, sus emociones la superaron y no supo qué hacer en el momento. Y, si me permites darte un consejo, Ajo, te recomiendo que vayas a buscarla.

—¿Buscarla?! —grité sin pensarlo.

—Sí, sería muy bueno que hablaras con ella, que le expresaras cómo te sentiste, pero, sobre todo, averiguaras cómo se encuentra ella. Recuerda que una amistad que no se basa en el diálogo y en las buenas palabras durará menos que un bicho en la habitación de la mamá de Mateo.

Papá tenía razón. Lo abracé y salí volando por la ventana. Casi choco con algunos mosquitos y una que otra palomilla. Me estrellé en la puerta de la casa de Acha y terminé patas arriba. En seguida me rodearon cucarachas grandes, pequeñas, cafés, blancas y una dorada.

—Hola —dije aún con mis patitas al aire—, ¿está Acha en casa?

—No..., creíamos que estaba contigo en la tienda —dijo una cucaracha blanca.

—No la hemos visto desde la mañana —comentó otro de sus hermanos.

44

Ese fue el momento en que de verdad me asusté. Ya había anochecido y Acha no estaba en casa. Les di las gracias y de inmediato volé hasta el techo de un edificio cercano. Traté de ver hacia todos lados, pero no encontré a Acha. Volé afligido por toda la ciudad preguntándoles a moscas, garrapatas, ciempiés, y a cualquier bicho, por mi mejor amiga; pero nadie la había visto.

Decidí volar hasta el área limítrofe de la ciudad, un lugar peligroso a donde solo las babosas se atreven a ir. La luz de la ciudad apenas iluminaba el camino. Frente

a mí vi un enorme cartel que decía «Área de zapatazos». Suspiré aliviado al recordar que Mateo estaba dormido y que, por lo tanto, no corría peligro de ser aplastado. «A menos que se levante para ir al baño», pensé.

Busqué a mi alrededor. Entonces vi en el suelo huellas de unas patitas conocidas, marcadas con lo que esperaba que fuera chocolate viejo. El camino me conducía a las afueras de la cama de Mateo. Si me hubieran visto en ese momento habrían jurado que yo era un escarabajo blanco. Aun así, decidí seguir las pistas.

La habitación de Mateo era enorme y los objetos gigantescos. Si quería encontrar a mi amiga debía dirigirme a un punto más elevado para observar el colchón de la cama. No me atreví a volar, por temor a que el ruido despertara al mucha-

cho. Comencé a trepar por las sábanas con todas las fuerzas de mis patitas. Tardé un poco, pero no sin mucho esfuerzo llegué a la superficie. Era lamentable, todavía no podía divisar muy bien el panorama. Así que decidí cometer una locura: subirme a la cabeza de Mateo. Seguramente esa sería la altura adecuada para poder ver todo el lugar.

Caminé de puntitas por sus piernas y pecho. Antes de subir a su cara, lo vi con detenimiento. ¡Mateo realmente era feo! No tenía mandíbulas como las de las hormigas, y en lugar de antenas tenía unas cosas extrañas con forma de garrapatas pegadas en los extremos de la cabeza. Sus ojos apenas ocupaban un pequeño espacio en su cara, no como los bellos ojos de las moscas. Además, en el centro de su rostro había un pico extraño con dos agujeros

que se hacían grandes y pequeños. Sin lugar a dudas, ese era el lugar perfecto para buscar a Acha.

A continuación, comencé a caminar con sumo cuidado en dirección de esa pequeña montaña, esperando que los pelos de mis patas no lo incomodaran. Me di cuenta de que Mateo también tenía pelitos, ¡pero en su cara! «No cabe duda, los humanos no son las criaturas más atractivas del mundo», pensé. Me detuve en lo que creo que era su boca, entonces él se movió ligeramente mientras aún dormía. Suspiré aliviado al percatarme de que no se había despertado; pero entonces, de improvviso, antes de que pudiera moverme, ¡el suelo se abrió debajo de mis patas!

Me sostuve apenas de un pelo para no caer dentro de un agujero sin fondo. Mateo tenía dientes del tamaño de un gor-

gojo, que me parecían muy filosos. El pelo del que me sostenía se reventó y caí hacia mi final... Intenté sostenerme de una cosa mojada y rosada, pero yo seguía resbalando. Para mi suerte, Mateo eructó como un viejo caracol y salí volando hasta su mesa de noche. Lleno de babas y más pálido que una cucaracha blanca, me escondí. Mateo simplemente se volteó en su cama y volvió a entregarse al sueño.

Tuve que esperar varios segundos hasta lograr calmarme. Las babas de Mateo no se podían retirar con facilidad, así que no tuve más remedio que soportar la peste a menta fresca que me quedó en todo el cuerpo. Cuando finalmente me tranquilicé, una cosa rectangular se encendió e hizo que toda la mesa de noche comenzara a temblar. Fui rebotando de un lado a otro a causa de este terremoto y terminé

cayendo dentro del bolsillo de una chaqueta que estaba tendida sobre el mueble.

En definitiva, el mundo de los humanos no fue diseñado para los insectos. Al salir de esa cueva de tela, respiré profundamente. Me adentraba cada vez más en la noche y no había señal de mi amiga. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de rendirme, levanté la mirada y frente a la ventana más gigantesca que haya visto en mi vida se encontraba Acha la cucaracha.

Sin importarme el peligro que corriera en caso de que Mateo despertara, volé hasta donde se encontraba Acha. Ella no cayó en la cuenta de mi presencia, solamente seguía viendo esos enormes puntos luminosos que había en el cielo nocturno. Sin decir nada, deslice mis patitas peludas hasta su lado.

51

—Esas luciérnagas seguramente son enormes, ¿verdad?

—¡Ajo! —dijo Acha sorprendida. Suspiró y sonrió débilmente—. Me asustaste. ¿Sabes?, escuché que Mateo llamaba a esas cosas *estrellas*.



—¿Estrellas? Qué nombre más extraño para un insecto gigante. Imagina cuánto insecticida tendría que usar la mamá de Mateo para apagarlas.

—Ajooo...

—Para nuestra buena fortuna, están volando tan alto que no creo que las logre alcanzar sin un par de alas muy grandes.

—¡Ajo! —interrumpió Acha muy seria—. ¿Qué estás haciendo aquí?

«¿Que qué estaba haciendo allí? ¡Vaya pregunta! ¡Arriesgándome a ser aplastado!», pensé para mis adentros, y entonces suspiré. Sin responderle, me senté a su lado. Miré al cielo y, por unos segundos, me quedé observando el brillo de las luciérnagas gigantes. Realmente tenían que mejorar su luz, no dejaban de apagarse y encenderse. Regresé a ser consciente de la realidad cuando escuché las patitas de Acha moverse nerviosas.

—Me preocupé cuando fui a tu casa y no te encontré, pues ni tus hermanos ni tus hermanas sabían dónde te encontra-

bas. Después de lo de la tienda... pues, me sentí mal al verte llorar.

—Creí que estabas enojado conmigo, Ajo —susurró.

—Lo estuve un momento, pero papá me recordó que también tuviste un pésimo día, Acha. Además, fue solo un accidente. Entre todos arreglamos la tienda y no creo que Don Maña tenga inconveniente en que regreses.

—Pero, la verdad es que no quiero regresar. Por favor, no lo tomes a mal. Sé que te encanta tu trabajo y que es muy importante para el buen funcionamiento de esta ciudad, pero no es lo mío. Lo que ocurrió hoy fue un recordatorio de ello.

No les diré mentiras, mi corazón de escarabajo apestoso me dolió. Aunque, en el fondo, sabía que ella tenía razón. A veces tus ojos se nublan con baba de cara-

col cuando tu corazón o corazones *quieren* que algo sea realidad. Siempre sospeché que Acha no estaba muy feliz con la idea de ser empaquetadora, pero no es culpa de mi amiga. Todo insecto, grande o pequeño, debe ser libre para descubrir la profesión a la que esté destinado. Entonces sonreí, lo que calmó un poco a mi amiga.

55

—Entonces, Acha, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Aún no lo sé, Ajo. Solo sé que hay algo más grande allá afuera, mucho más allá de la cama de Mateo, y lo voy a descubrir —dijo esperanzada—. Y, Ajo, lo siento mucho. No debí dejarte solo con tu jefe después del caos que causé.

—Todo perdonado, Acha. Además, lamento haber sido tan insistente con lo de la tienda; debí haberte preguntado a qué querías dedicarte.

—No te preocupes, Ajo —dijo mientras colocaba una de sus patitas sobre una de las mías.

56 El verde de mi cara fue remplazado por un rojo intenso. Agradezco que ella estuviese viendo hacia el cielo y no se diera cuenta. Esa noche, Acha se miraba hermosa; jamás habría podido hallar una cucaracha más linda que ella. Quizás fueron las babas de Mateo, o el terremoto que sobreviví, pero lentamente comencé a acercarme a ella. Todo iba perfecto, cada vez me acercaba más, cuando de repente ¡zaaaz! Algo me empujó y terminé estrellándome contra la ventana.

Al abrir los ojos vi delante de mí a un zancudo de patas estiradas y antenas relamidas dándole un beso en la patita a *mi* mejor amiga. Me levanté rápidamente y caminé hasta donde ellos se encontraban.

—¡Ajo!, finalmente despertaste —gritó Acha feliz.

—Es un placer que nuevamente esté en el mundo de los bichos vivos. Lamento mucho los inconvenientes causados por mi pésimo aterrizaje —dijo con una sonrisa sarcástica.

57

—Sí, claro que fue un «accidente». ¿Quién es usted?

—Él es Cudo el zancudo. Es un bicho viajero, Ajo —añadió Acha en voz baja cuando nos presentaba.

—Así como la bella cucaracha lo dijo, mi nombre es Cudo. Soy un zancudo que ha recorrido las selvas del jardín de los Rodríguez, el desierto polvoriento de la sala de los Sánchez y el mar de la piscina de los Gutiérrez.

—¿Y como... por qué vino aquí?—, interrumpí.

—Quería conocer la famosa Mateópolis antes de que fuera destruida.

Quién se creía que era ese zancudo. Un bicho de mundo... ¡baaahhh! Pamplinas. Seguramente era un insecto de unos cuantos meses que se pasó escuchando las palabras sin sentido de los humanos. Por estar pensando en eso no oí lo que dijo, fue Acha quien hizo que me percatara.

58

—¿Cómo que destruida?!

—Acaso no lo escuchaste, *mon cheri*, Mateópolis será destruida dentro de dos días. Todos mis amigos lo comentaban —dijo—. La mamá del muchachito no paraba de hablar del equipo de fumigación que vendrá. Me costó muchísimo poder obtener mi ración de sangre para mi cena.

—Ajo, ¡tenemos que hacer algo! —exclamó Acha suplicante, mientras su carita palidecía.

—No creo que se pueda hacer mucho, *my love*; si la madre ha tomado una decisión, es definitiva.

Acha parecía haber entrado en pánico. Después de unos segundos abrió los ojos como los de una mosca. Yo, mejor que nadie, conocía esa mirada... Las luciérnagas del cielo se ocultaron mientras una esfera color de abeja salía. Fue en ese momento cuando Acha salió volando.

—¿Adónde vas, Acha?! —grité.

—¡Tengo una idea!

Sin despedirme de Cudo el zancudo salió volando detrás de mi mejor amiga. Tuve que usar toda la potencia de mis alas para alcanzarla. Volví a ver y observé a ese bicho altanero diciendo adiós con una sola patita.

—¡Suerte, *amore mio*! —gritó en la distancia.

Zancudos... ¡vaya cosa! Al recordar ese momento todavía se me tuercen las alas del enojo. En fin... Mi mejor amiga no dejó de volar hasta que llegó a la puerta de la habitación de Mateo. Ninguno había estado tan lejos de casa antes. Acha respiraba de forma agitada mientras intentaba empujar la enorme estructura de madera.

—¡Acha! ¿Qué estás haciendo?

—Si la mamá de Mateo contrató fumigadores, tenemos que cambiar el lugar de nuestra ciudad, de lo contrario lo perdemos todo.

—No le hagas caso a ese zancudo, Acha. Seguramente bebió sangre de más. Volvamos a casa y resolvamos esto. Si así lo quieres, podemos hablar con la presidenta Antis la mantis; ella seguramente nos indicará qué podemos hacer si los rumores de ese volador loco son ciertos.

—No, Ajo. Para entonces sería muy tarde. Debemos hacer algo... y tengo el plan perfecto. Buscaremos Bichotopía y todos nos mudaremos a ese lugar.

—Acha, ese lugar no es real, no existe, es de ficción.

—Pero nosotros lo vamos a transformar en realidad —me interrumpió—. Toda leyenda se basa en algo real, debe existir el lugar perfecto para los insectos en el territorio López.

—De acuerdo. Pero si no lo encontramos para hoy en la noche, regresamos inmediatamente.

La que estábamos a punto de emprender se iba a transformar en la aventura más alocada que jamás hubiera realizado un insecto. Desde que éramos solo unos pequeños huevos habíamos crecido escuchando historias sobre un misterioso lu-



62 gar en territorio López. Según aquellos cuentos, se trataba de un paraíso virgen, en donde había espacio suficiente y acceso directo a comida abundante.

Salimos de la habitación y nos hallamos en lo que los mosquitos llamaban «el pasillo sin fin». Mis ojitos no podían ver dónde terminaba, y, además, había *millones* de puertas a cada lado. Bueno, quizás estoy exagerando un poco, pero era algo que nunca había visto. Además, estaba realmente oscuro.

En ese momento, alcé la vista y pude notar que sobre una mesita había un vaso

con un líquido transparente. Acha observaba todo alrededor, pero mis ojos estaban fijos en aquel objeto. Algo estaba mal. De repente, el líquido se movió y al mismo tiempo el piso tembló. Esta acción se repetía cada vez más seguido. Hasta que, finalmente, el movimiento del suelo nos hizo saltar y una luz cegadora iluminó el pasillo sin fin.

63

«AAAAAAHHHHHH», fue lo único que pude oír antes de comenzar a correr como loco. Volví a ver al instante y casi se me traban las patitas del miedo. Un monstruo de cuerpo blanco con puntitos morados y pelos erizados como los de una tarántula nos perseguía con un zapato en una de sus patas. Acha me urgía que me diera prisa, mientras yo intentaba encontrar un lugar donde escondernos. Debíamos apurarnos, o nos sucedería algo terrible, porque nos



perseguía el peor de todos los monstruos:
la mamá de Mateo.

Creo que los viejos bichos tenían razón; antes del zapatazo final puedes ver en la suela toda tu vida, desde que sales del huevo hasta ese momento. Había intentado escapar de la mamá de Mateo, pero ella había logrado acorralarme contra la pared, y me amenazaba con una enorme pantufla rosada y peluda. Acha había escapado y, en cierto modo, eso me reconfortaba. Estaba listo para el zapatazo cuando, de improviso, un grito hizo que mi cabeza diera vueltas.

Levanté la mirada y casi me desmayo de la impresión. Acha la cucaracha se

dirigía volando velozmente hacia la cara del monstruo blanco, morado y peludo. El sonido de sus alas retumbaba por todo el lugar y solo era opacado por los gritos de la mamá de Mateo. Mi amiga terminó aterrizando en su rostro y el monstruo intentaba quitársela de encima con lo que parecían ser garras rojas.

Mi lista amiga, a fin de evitar un golpe, terminó refugiándose en lo que creo que era la boca de aquella criatura. Los gritos se silenciaron en medio de sonidos extraños, y Acha salió expulsada por los aires, casi como un avión ultrasónico al despegar o un meteorito entrando a la tierra. Entonces, aterrizó en el suelo, y el monstruo huyó en carrera hasta una de las habitaciones.

—¡Gracias al cielo que mañana vienen los exterminadores! —gritó.

Me sentí agradecido por que esa monstruosa criatura peluda y con puntos morados se hubiese retirado, pero mi alegría se esfumó al ver que mi amiga no se movía. Estaba en medio del pasillo con sus patitas para arriba. Corrí y me lancé a su lado.

—Acha... ¡Acha! ¿Estás bien?

69

—Ajjjooo... —respondió con un suave gemido.

—¿Sí? —dije con un hilo de voz.

—Ajo...

—Acha, tengo que llevarte a un hospital inmediatamente. El doctor Beja la abeja te podría atender y...

—Ajo —interrumpió—, estás aplastando una de mis alas.

—¿Qué? Ay, lo lamento —dije poniéndome de pie y todavía algo preocupado.

—Las bocas de los humanos apestan a cosas bienolientes como la menta —dijo

Acha cuando la ayudé a levantarse del suelo.

—Lo sé, su nivel de higiene no es muy bueno. Además, sus babas son peores que las de una babosa o un caracol.

—¿Cómo sabes eso, Ajo?

70

—Esa es una historia para otro día. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, no te preocupes, la mamá de Mateo no es un contrincante para mi gran poder de cucaracha.

Ambos reímos y decidimos que lo más seguro era seguir avanzando por aquel pasillo interminable. Tardamos mucho, pero logramos encontrar el final de aquel extraño lugar. Este nos conducía a una habitación gigantesca, asquerosamente libre de cosas podridas y con un apestoso aroma a lavanda. Continuamos nuestra caminata. Entretanto, mi mente trataba de

comprender qué eran muchos de aquellos extraños artefactos y cómo podían vivir los humanos entre tanta pestilencia. Creo que, de todos los López, Mateo era el menos apestoso.

En eso iban mis pensamientos cuando de repente se vieron interrumpidos por un fuerte y extraño gruñido. Por un segundo creí que solo se trataba de mi estómago, o de la pancita de Acha, pero cuán equivocado estaba. Ahora que lo pienso, no sé cómo pude aguantar tantos sustos ese día.

Acha y yo terminamos en cuestión de segundos debajo de una enorme pata peluda y blanca. Me puse pálido de patas a cabeza al darme cuenta de que, al final de esta, había unas garras muy afiladas y listas para atacar. ¡Lo que nos faltaba! Después de enfrentarnos a un monstruo

gigante, nos había atrapado una cosa peluda y esponjosa. Lo peor de todo es que no parecía haber una salida para nuestro predicamento.

—¡Ea! ¡Sooooo! ¿Qué estás haciendo, Pelusa? —dijo una voz con extraño acento.

72

La maltrecha Acha y yo nos volvimos a ver. La voz no parecía provenir de la cosa esponjosa que, de la misma manera que nos había capturado, nos liberó. Delante de nosotros se erguía, orgullosa, una bola de pelos blancos con bigotes, garras, colmillos y una larga cola café. Había visto una criatura similar en una caja en Mateópolis. Creo que los humanos la llaman «gato».

Más tarde, una cosita gris saltó de la terrible bestia y se paró delante de nosotros. Nos pusimos de pie, intentando recuperarnos de la impresión, y respiramos



aliviados al vernos enfrente de una pulga con un enorme sombrero vaquero.

—Hola, compañeros —saludó—. Lamento el susto; me había quedado dormido con las riendas en la mano y Pelusa se descontroló un poco.

74 —¿Esa cosa se llama Pelusa? —dije sin pensar.

—Pues, la mera verdad es que su puritito nombre es Sir Pelus Astorius Segundo, pero nosotros en este lugar le decimos Pelusa nomás. ¿Y ustedes quiénes son, aventureros?

—Mi nombre es Ajo el escarabajo y ella es Acha la cucaracha.

—Mucho gusto. ¡Eh, bajen chicos! —después de decir eso, cinco pulgas más, con la misma apariencia y con sombrero vaquero, bajaron del gato de un brinco—. Mi nombre es Ulga la pulga; ellos son Pul,

Ul, Ulg, Ga y el de atrás es Roberto... pero él no es de por estos confines.

—Qué nombre más raro —le susurré cerquita a Acha.

—En fin, ¿qué los trae a las lejanas y agrestes tierras de la cocina?

—Estamos buscando el lugar en donde nacieron las leyendas de Bichotopía —dijo Acha muy segura de sí misma.

—Creo que sé con toda seguridad de qué lugar me están hablando —respondió Ulga la pulga.

Las pulgas nos dijeron que conocían un lugar perfecto para los insectos, y que este no quedaba muy lejos de la «cocina». Nos invitaron a montar en Pelusa y a gatear con ellas. Sí, a ustedes quizá les suene tan extraño como a nosotros, pero ellos le dicen gatear a viajar de un lugar a otro sobre el lomo de un gato. Roberto nos contó

que él solía cabalgar, pero que un día dejó la vida del campo y se mudó al territorio López, que queda más arriba de Mateópolis. Déjenme decirles que esto de gatear es una cosa realmente incómoda. Hasta la fecha no sé cómo le hacen las pulgas para ir tan felices sobre esa criatura. No hubo disturbios en el camino. Después de tantos sustos nos merecíamos algo así. Sin embargo, nuestra vida sería algo aburrida sin emociones, ¿no creen?

Con la ayuda de Pelusa avanzamos un gran trecho y llegamos a una escalera que llevaba al techo. De acuerdo con las leyendas, Bichotopía estaba cerca de las nubes. Por lo tanto, al percatarnos de que quizás íbamos en la dirección correcta, sonreímos felizmente. Yo no podía más que observar la enorme alegría en el rostro de Acha, lo que me hizo olvidar todo

lo que me rodeaba. La realidad me despertó de golpe cuando la sonrisa de mi amiga desapareció. Habíamos llegado al lugar, pero no era el paraíso de insectos que se prometía en las leyendas.

—No puede ser —dijo Acha—. Este lugar está vacío... no hay basura, ni lugares para esconderse de los humanos. Solo hay... una caja... ¡No podemos mudar una ciudad entera aquí! Ulga, ¿estás seguro de que este es el lugar del que cuentan las antiguas leyendas?

79

—Sí, señorita Acha. Este es el lugar, y no miento. Una vieja mosca lo descubrió hace años y se lo mostró a sus hijos e hijas. Ellos se encargaron de esparcir el rumor de la existencia de este lugar y nosotros lo conocimos de primera pata. Osca la mosca era la hija mayor de la mosca que descu-

brió Bichotopía y nos mostró el paraje a cambio de un viaje sobre nuestro Pelusa.

80 Acha se bajó (o apeó, como decía Ulga) de Pelusa y se sentó en el suelo observando el vacío de la habitación. Estábamos destrozados. En el fondo, yo sabía que la idea de un paraíso de insectos era una locura que solo existía en las historias que contaban las viejas babosas. A pesar de eso, al vivir todas aquellas extrañas y peligrosas aventuras, mi esperanza en un mejor lugar para mi ciudad iba creciendo. Desmonté de Pelusa en compañía de las pulgas y guardamos silencio.

—Lo que ve usted es lo que obtiene, señorita Acha. Este es el mero paraíso de los insectos de las leyendas y no hay nada más en este lugar. Lamento que hayan tenido que peregrinar para descubrir esto nomás...

—¡No! —interrumpí bruscamente.

—¿Perdón? —respondió Ulga.

—No... —repetí, ahora con más tranquilidad—. Nuestro viaje no termina aquí, debe de haber algo más.

—Ajo, por favor. Ya escuchaste a Ulga, no hay nada más.

—No, solo nos estamos enfocando en el plástico.

—¿En el plástico? —preguntó extrañada Acha.

—Sí, como Don Maña suele decir: a veces, por concentrarnos en el plástico del envoltorio, no vemos la buena comida podrida que hay dentro. Tenemos que ver más allá de lo que está frente a nuestras antenas para encontrar la solución a nuestros problemas.

—Más allá del plástico... —susurró Acha.

—Los segundos pasaron en silencio, pero podría jurar que a lo lejos escuchaba el agua correr; fue extraño, porque no había nada en derredor. Al parecer, Acha también lo oyó, porque inmediatamente se puso de pie y voló hasta la caja. Sin decir nada, comenzó a empujarla con todas sus fuerzas agitando sus alas. Sin embargo, la caja no se movía. Corrí en dirección a esta y comencé a empujarla. En cuestión de segundos, las otras pulgas llegaron, e incluso Pelusa nos ayudó. Y así logramos moverla y revelar un secreto oculto. Un pequeño agujero en la pared era la entrada a aquel mundo legendario. El espacio permitía entrar desde una pequeña pulga hasta una araña patuda gigante.

¡Qué sabio era Don Maña! A veces, una envoltura sin valor puede ocultar un gran tesoro. Las situaciones aparentemente

complicadas pueden tener solución si se observa desde un punto de vista diferente. La leyenda se cumplió, era real, no ficticia. Habíamos descubierto la verdad detrás de Bichotopía, pues habíamos arribado a la tierra ideal para los insectos. Aquel agujero nos conducía a un lugar ignoto. Y como toda buena exploradora, Acha no se acobardó y entró sin pensarlo.

83

Mientras la seguía de cerca, mis ojos se maravillaban. El agujero nos había llevado a un espacio entre las paredes exteriores e interiores del hogar de los López. Aunque no parecía ser tan grande, se extendía por toda la casa. Quizás era veinte, no, ¡cincuenta veces más grande que la cama de Mateo! Las pulgas, Acha y yo recorrimos el lugar; al sur, identificamos un acceso a una bodega llena de basura, y, lo mejor de todo, estábamos completamente seguros.

Dentro de las paredes, la mamá de Mateo no nos podría encontrar y nos libraríamos de los zapatazos.

La sonrisa de Acha era inmensa cuando nos reunimos en la entrada. A decir verdad, quizás no era como en las historias, pero era el lugar perfecto para nuestra ciudad. Hablamos con las pulgas y les rogamos que nos ayudaran a llegar a Mateópolis rápidamente (y de forma segura). Aceptaron y emprendimos el retorno a casa.

Fue muy rápido. Pelusa podía ser peludo, pero sabía mover bien sus patas. El interminable pasillo resultó pequeño esta vez. Desmontamos a las orillas de la cama y nos despedimos de las pulgas. Ellas dijeron que se quedarían cerca, mientras Pelusa tomaba una siesta, por si necesitábamos más ayuda.

Volamos alocadamente en dirección de una botella de soda donde se encontraba el centro de la política insectil y hogar de nuestra presidenta. Poco le importaron a Acha los gritos de los bichos que trataron de interponerse mientras cruzábamos la puerta y volábamos hacia la oficina de la mantis. Mi mejor amiga empujó a dos enormes abejas guardaespaldas que custodiaban la entrada del despacho. Yo iba detrás de ella, disculpándome por todo el caos que habíamos causado.

85

—Presidenta Antis, tenemos que mudar la ciudad entera a un nuevo territorio. La mamá de Mateo contrató a un equipo de fumigadores —dijo Acha frente a una enorme silla de aluminio.

No hubo respuesta, pues las abejas guardaespaldas nos habían detenido y estaban a punto de sacarnos de la habi-



tación cuando, de repente, una larga pata rosada salió de atrás de la silla e hizo una seña que las detuvo. Lentamente, el asiento comenzó a girar y a revelar a uno de los insectos más grandes que jamás haya visto. Los panfletos que repartieron en época de elecciones no le hacían justicia, era mucho más imponente. Era de colores rosa y blanco, realmente hermosa, pero atemorizadora.

87

—¿Cómo te llamas, cucaracha? —surró por lo bajo de manera casi indescifrable.

—Mi nombre es Acha, señora presidenta, y él es mi amigo Ajo.

—¿Qué dijiste sobre una fumigación?

—Un equipo de fumigadores vendrá y causará la ruina de nuestra ciudad. Cudo el zancudo nos comentó la información y nosotros lo escuchamos de la mismísima

mamá de Mateo cuando estuvimos en el pasillo.

—Estuvieron en el pasillo —dijo levantando una antena y sin alterar la voz.

—Sí, pero lo hicimos para buscarle una solución al desastre que se aproxima —dijo fatigada la cucaracha.

88

—Por favor, joven Eja, acompañe a estos insectos a la salida.

Las abejas comenzaron a darnos de empujones. Tenía que hacer algo, la ciudad no podía ser arrasada debido a la incredulidad de un solo insecto.

—¿Qué va a pasar con la fumigación?!
—grité tratando de darme la vuelta.

—Mateópolis ha sufrido varios intentos de exterminación por parte de la madre de nuestro arquitecto. Desde inundarnos con humo hasta arrojarnos gases tóxicos encima, pero nunca ha podido

acabar con nosotros. Simplemente ordenaremos que todos utilicen sus trajes antiguas. Todos los hogares cuentan con ellos desde el memorable, pero inútil, gran ataque con aerosol. Además, seguramente escucharon mal. ¿Dónde está ese zancudo del que hablan? No lo veo... Así que, jóvenes, vayan en paz a sus casas —finalizó con su fría voz y sonriendo de una manera muy extraña.

89

—¡Pero esta vez es diferente! —gritó Acha, mientras cerraban la puerta de la oficina presidencial en nuestras antenas.

Nos acompañaron hasta la salida del edificio y nos dejaron en la calle. Mil preguntas daban vueltas y más vueltas en mi cabeza en ese momento. ¿Era ese el final de nuestra aventura y nada más? Parecía inconcebible que esa fuese la solución al problema. Algo no cuadraba con todo lo

demás. Mis alas vibraban y mis patitas se agitaban. Por un lado, yo sabía muy bien que la presidenta Antis elegiría lo mejor para la ciudad, pero por el otro... ¡uh!, creía que le restaba importancia.

90

Volví a ver a mi amiga; yo sabía que ella se sentía igual. En sus ojos se adivinaba la duda. Ambos estábamos en profundo silencio, mientras las preguntas se aglomaban en nuestras cabecitas. De repente, sin saber de dónde, un mosquito pasó volando bajo y zumbando con sus alas. Acha se puso de pie y me volvió a ver. Su carita de cucaracha reveló que tenía una gran idea.

—¡Cudo! —me dijo emocionada haciéndome una seña con la cabeza.

—¡Genial!... el zancudo. ¡Vamos a buscarlo, Acha!

Mientras volábamos por la ciudad, Acha me explicó su idea. La presidenta necesitaba contar con más evidencias y con el testimonio de Cudo, y quizás también el de sus amigos. De esa manera podríamos terminar de convencerla de que esta vez no nos enfrentábamos a una simple lata de aerosol. Volamos de extremo a extremo por toda la ciudad, pero no lo hallábamos en ninguna parte. Sin embargo, no nos rendimos.

Estaba muy orgulloso de mi mejor amiga, pues realmente no dejó que la incredulidad de la presidenta la desviara de su

meta. Recorrimos desde el puente de chicles mascados hasta el teatro de los grillos, pero no fue sino hasta que llegamos a la torre inclinada de latas que vimos un grupo de bichos voladores. En cuestión de segundos descendimos y reconocimos al patilargo de Cudo, quien se carcajeaba de lo lindo en compañía de otros zancudos. Este, al vernos, se peinó hacia atrás las antenas y caminó hasta Acha. De inmediato y sin mediar palabra se lanzó a besarle una de las patitas peludas, a lo que yo reprimí una demostración de molestia.

—*Amore mio*, ¿a qué debo el gusto de admirar por aquí tu belleza cucarachosa? —dijo Cudo con su voz ridículamente melosa.

—Cudo, te estábamos buscando por todos lados porque...

—¿*A moi?* —interrumpió.

—Sí —dijo Acha un poco enfurruñada, lo que me pareció divertidísimo—. Te buscábamos porque necesitamos de tu ayuda y de la de tus amigos. La presidenta no nos creyó del todo lo de la fumigación, por eso tu testimonio y el de ellos sería muy valioso.

93

—No te preocupes, *my love*, seré tu flamante príncipe zancudo azul.

No les mentiré: ese zancudo no es de mis bichos favoritos, pero agradecí que de inmediato hubiese *saltado* en nuestra ayuda. En cuestión de segundos convenció a sus amigos, y a una palomilla gigante que sabía del asunto, a acompañarnos a la oficina de la presidenta. Así pues, éramos seis bichos a quienes los otros insectos abrían paso entre los aires de la ciudad. Fuimos lo más rápido que pudieron nuestras alas y llegamos al edificio de la presidencia.

Milla la palomilla era lo suficientemente grande para intimidar a los guardaespaldas de la presidenta, por lo que ante su presencia se encogieron del miedo y se hicieron a un lado. Entramos en la oficina de la mantis tan estrepitosamente que ella se sorprendió y se puso de pie.

—*Signorina mia*, aquí nos encontramos a vuestras hermosas patas rosas para disipar sus dudas sobre lo que esta cucaracha le ha dicho —dijo teatralmente Cudo, mientras le besaba melosamente una pata a la presidenta.

Acha arqueó una antena y yo tuve que contener una carcajada al presenciar los lances románticos del zancudo y el rostro sonrojado de la mantis. Cada uno de los zancudos presentó su declaración de los hechos; incluso Milla la palomilla expresó su opinión sobre la situación. Algunos tu-

vieron que disculparse por su comportamiento, y alegaron en su defensa que era su deber ciudadano poner sobre aviso a las autoridades ante la enorme amenaza y no quedarse como caracoles al sol.

La presidenta Antis, después de recuperar la compostura, asintió, muy pensativa, ante la prueba de tantos testigos, y lo confirmó con una ligera inclinación de la cabeza. Llamó a dos guardias abejas y pidió que lanzaran la alarma nivel 5: «fumigación». Les solicitó que informaran a cuanto insecto hubiese que debían empaquetar, usar los trajes antigases y mantener la calma mientras esperaban nuevas instrucciones. Incluso Cudo y su grupo de amigos se ofrecieron a ayudar a dar la alarma a la población de Mateópolis.

Después de que todos los insectos hubieron salido de la oficina, nos quedamos

a solas con la enorme mantis. Ella se sentó en su silla y suspiró. Nos miraba intensamente, pero no amenazante o con incredulidad como antes, sino con arrepentimiento.

—Quiero disculparme con ustedes.

96

—¡Qué! —exclamé de inmediato.

Sí, joven Ajo, mi comportamiento previo no fue adecuado. Toda la ciudad pudo haber sufrido debido a mi incredulidad —dijo solemnemente mientras se acercaba a nosotros—. A estas alturas de mi vida, debería ser capaz de recordar que la verdad puede ser portada por insectos que pueden llegar a ser considerados insignificantes por algunos, como un pequeño ácaro, o tan grandes como un noble escarabajo gigante, así jóvenes como ancianos por igual. Por eso espero que me puedan perdonar por mi actitud negativa.

Acha y yo simplemente sonreímos y asentimos con la cabeza al aceptar en respetuoso silencio sus palabras. La presidenta sonrió, pero aún parecía preocupada.

—Ahora solo queda el problema de a dónde iremos —dijo ansiosa Antis la mantis.

—Creo que nosotros tenemos la solución —dijo Acha con una gran sonrisa de antena a antena.

Epílogo

En los libros de historia quedó inscrita como la «gran migración insectil». Los gorgojos escritores la nombraron «el nacimiento de Bichópolis». Han transcurrido dos semanas desde aquella gran aventura que viví junto a Acha la cucaracha. Recuerdo de manera vívida cómo enviaron a los mosquitos para asegurar el camino y la manera en que todos los insectos marchábamos felices hacia nuestro nuevo hogar con los edificios a cuestas, como si fuésemos caracoles. Las pulgas, además de Pelusa, nos ayudaron a trasladar las edificaciones más pesadas.



Cucarachas, abejas, zancudos, escarabajos, ¡hasta arañas y alacranes, que no son insectos sino arácnidos (ya que tienen ocho y no seis patas), palomillas y otros miles de insectos más íbamos en caravanas guiados por mi mejor amiga. Yo estaba con ella al frente de aquella fila de variados bichos seguidos muy de cerca por la presidenta y otros representantes gubernamentales. Fue agradable ver a tantos trabajar unidos durante la migración.

Cuando llegamos al lugar señalado, varios ya estaban fatigados. Pero nada los detuvo. Finalmente, obtuvieron su recompensa al descubrir el lugar soñado por todos, del que hablaban las leyendas que les relataban cuando eran solo unos huevos.

Mateópolis, o Bichópolis, como ahora ha sido nombrada, se reconstruyó en menos de un día. Las arañas tejieron resistentes telarañas que sirvieron de base para nuevos y mejorados edificios. Nuestra ciudad nunca se había visto tan espléndida. Además, ahora se respiraba una cálida sensación de unidad, porque al construirla todos recordamos que cada uno de los insectos que vive en ella aporta algo único.

Fue así como el equipo de fumigadores no encontró nada debajo de la cama de Mateo. Según los chismes de los zancudos

y de las pulgas que todavía se aventuran por allá, la mamá de Mateo no se explicaba la repentina desaparición de los insectos, y su hijo estaba indignado ante la idea de que creyeran que era tan desordenado y sucio como para tener una ciudad de bichos debajo de su cama. He de añadir que me parece muy gracioso que, aunque la mamá de Mateo no nos ve, estamos siempre a su alrededor.

Yo regresé a mi trabajo en la nueva y mejorada tienda de Don Maña. Después de enterarse de mi aventura, me ascendió a jefe de empaquetadores y colocó mi foto en la tienda como empleado de la semana. Pero eso no es todo, ya que mi nuevo puesto no llegó solo: recibí un uniforme diferente y un carné dorado que decía «Jefe de empaquetadores». Cada vez que me lo pongo, me siento orgulloso.

A esta altura de mi relato han de preguntarse por Acha. Ella no regresó a la tienda de Don Maña, pues, si algo aprendí de toda esta locura, es que esa cucaracha nació para la aventura. Por esa razón, ella es la capitana del nuevo equipo de exploradores de Bichópolis. Como vivimos entre las paredes de la casa de los López, siempre es importante descubrir nuevas rutas o fuentes de comida. Acha y su equipo se encargan de eso. En la primera aventura de Acha hallaron una fuente enorme de alimentos podridos y materiales de construcción. Estoy seguro de que le esperan cosas grandiosas a ella.

103

Hoy me tomé mi tiempo para relatarles nuestra historia, pues no tengo que ir al trabajo. Además, es un día muy importante para mí. Nadie lo sabe (bueno, hasta ahora que se lo cuento a ustedes), pero

hoy es mi primera cita con Acha. Mis patitas están trabadas de la emoción. Me puse colonia de ropa sucia después de mi baño con soda. Después de eso, volé hasta la nueva área limítrofe de la ciudad y esperé a mi mejor amiga.

104

En cuestión de segundos, sentí cómo un par de patitas peludas me abrazaban. Sonreí. Comenzamos a hablar y a movernos entre las paredes para rodear la ciudad. Desde ese punto de vista, ella parecía haber duplicado su tamaño.

—Acha, ¿no extrañas Mateópolis?

Mi amiga se quedó pensativa durante unos segundos. Luego me dijo:

—Realmente no. Verás, Ajo, yo creo que la ciudad no está hecha de edificios, lugares o sus medios de transporte, sino por los bichos que la conforman. Quizás Mateópolis haya cambiado de nombre y de

ubicación, pero en el fondo sigue siendo la misma. Los insectos hacen que este lugar sea nuestro hogar. —Sonreímos, pues ella en verdad tiene razón. Pero Acha no deja de sorprenderme:

—Ajo, tengo algo que mostrarte —dijo muy entusiasmada—. Vamos, ¡sígueme!

105

Con esas palabras comenzó a volar entre las paredes de la casa de los López. Izquierda, derecha, arriba y abajo, y cada vez más abajo. El único sonido a nuestro alrededor era el de nuestras alas y el de la risa de mi mejor amiga. Entonces se detuvo, por lo cual tuve que frenar con fuerza para no darme de antenas contra la pared.

Delante de mí se extendía un agujero que se dirigía a un lugar nunca visto en toda mi vida de escarabajo. Altas columnas de verde intenso se extendían a los lados y se percibía un fuerte aroma a hu-

medad. Parecía una de las junglas de las historias de mi abuelo Bajo. Volví a ver a mi mejor amiga. Sus lindos ojos brillaban. Era la única prueba que necesitaba para saber que comenzaba una nueva aventura para Acha la cucaracha.

106

FIN



Alejandra Osorio

Autora

Nacida en Guatemala, Guatemala, en 1993, es escritora y educadora. Se graduó de maestra en educación primaria urbana en el Instituto Belga Guatemalteco. Luego obtuvo el título de Licenciada en Comunicación y Letras en la Universidad del Valle de Guatemala en 2015

Morena III

Jennifer Mariel Tercero

Ilustradora

Nació en 1994 y su nombre es Jenn Tercero. Desde pequeña se interesó por toda forma de expresión artística. A los 12 años decidió ser ilustradora. Así empezó su formación autodidacta. En el 2011 fue invitada a participar en la galería de YOA+, y en 2013 montó su primera muestra personal en la galería de Café Urbano, en Antigua Guatemala. En 2015 se graduó de la Universidad del Istmo como diseñadora gráfica y colaboró en la creación de piezas gráficas para la película W2MW, dirigida por Rafael Tres (2016). En octubre de 2015 participó en la muestra colectiva Mosaico, organizada por Walter Writz, donde dio a conocer una de sus téc-

nicas favoritas para ilustrar: la plastilina, técnica seleccionada para dos títulos del proyecto loqueleo: El Monstruo de los Enredos y Acha la cucaracha.

Índice

I	7
II	23
III	37
IV	51
V	67
VI	79
VII	91
Epílogo	99

Aquí acaba este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.

Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

+10

Acha la cucaracha

Alejandra Osorio

Ilustración: Jennifer Mariel Tercero

Acha vive en Mateópolis, una urbe habitada por toda clase de bichos, gracias a su desordenado y nada higiénico fundador, un adolescente llamado Mateo. El mejor amigo de Acha es Ajo el escarabajo, quien está decidido a que ella sea la mejor empaquetadora de la ciudad, lo que no la atrae en absoluto. Cierta día, después de un desafortunado accidente en el trabajo, Acha y Ajo se enteran de que su vida y la de todos sus amigos está en peligro. Así emprenderán una aventura que llevará a la exploradora Acha a descubrir su verdadera vocación.

www.loqueleo.com

